

Un Médico puede defraudar a un Enfermo.

Un medicamento también.

La naturaleza nunca....



PROLOGOS

Todo intento que apunte con seriedad, a difundir la Medicina Termal, merece ser destacado.

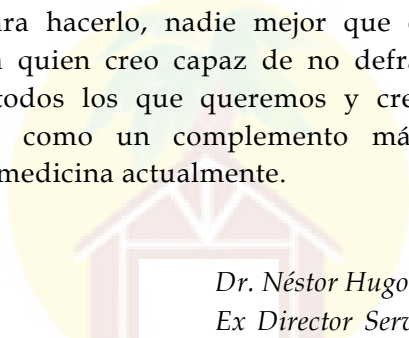
Es de mucha importancia, orientar a todos y a cada uno de los concurrentes a un Centro de Balneoterapia; y es sin duda, el médico, que aplicando sus conocimientos puede, a través de un correcto interrogatorio, inspección y controles, evaluar el estado del paciente que concurre en busca de un alivio a sus dolencias, o bien en busca de mejorarse de las penurias cotidianas que provoca la vida actual, cargada de tensiones.

El Médico Termalista, además de lograr conocer a sus pacientes, tal como ocurre con todos los demás médicos, debe conocer el recurso termal que

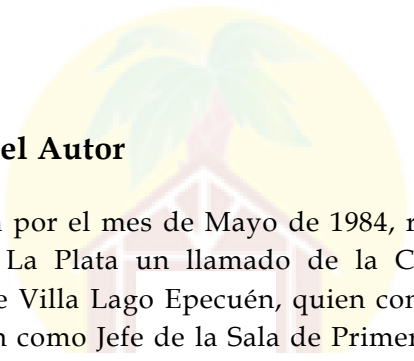
utiliza en el Centro de Balneoterapia.

Tanto es así, que como si bien no existen enfermedades, sino enfermos con sus características particulares; tampoco existen dos termas iguales o con iguales aplicaciones. En algunos casos, distintas termas pueden ser útiles para un mismo grupo de enfermedades, pero difiere la forma de aplicación, el mayor o menor tiempo de exposición, la mayor o menor temperatura, o la cantidad de baños diarios, etc.

Por todo ésto, veo con profundo agrado la realización de este libro sobre Carhué. Y sobre todo porque, para hacerlo, nadie mejor que el Dr. Enzo Gasparri, a quien creo capaz de no defraudar el espíritu de todos los que queremos y creemos en el termalismo como un complemento más, con que dispone la medicina actualmente.



*Dr. Néstor Hugo Ficosecco.
Ex Director Servicio Médico e
Investigador de Copahue.
Asesor Termas de Copahue.*



Prólogo del Autor

Allá por el mes de Mayo de 1984, recibía en la ciudad de La Plata un llamado de la Comisión de Fomento de Villa Lago Epecuén, quien confirmaba mi designación como Jefe de la Sala de Primeros Auxilios Médicos.

Feliz de poder regresar al interior de mi provincia, a su gente, al campo y a la naturaleza, me instalé un gélido mes de junio en Epecuén. Siempre me había sentido un extraño en las grandes ciudades, no logrando luego de nueve años mimetizarme a sus códigos.

Debo confesar la pobreza de mis conocimientos en temas termales que poseía al llegar, dada la

poca importancia que se le da en los programas de estudios universitarios a estos temas. Contaba sólo por entonces con un viejo tratado de Clínica Médica, que mencionaba tibiamente la crenoterapia (termas) y fangoterapia, en Carhué, como alternativa para enfermos reumáticos.

Por aquel entonces, nutridos contingentes de un Plan Nacional de Turistas visitaban el Lago Epecuén, mereciendo la atención médica y el cuidado en las termas, por lo que sentí la necesidad de leer y estudiar todo lo relacionado con el hidrotermalismo.

No resultó tarea fácil en Epecuén buscar datos sobre temas termales. No encontré bibliografía, ensayos o trabajos médicos; sólo alguna mención en las guías de turismo, pero sin el rigor médico y científico suficiente.

Quizás la providencia me permitió recibir la visita del profesor médico termalista Amilcar Márquez Miranda, quien de paseo en Lago Epecuén me adoctrinó en el termalismo, instigándome a no bajar los brazos y a trabajar arduo para juntar experiencias en las termas. Mi colega me obsequió el Manual de Hidrología Médica Argentina de su autoría, y me permitió a través de la Sociedad Argentina de Termalismo y Técnica Hidrotermal, recibir la más variada bibliografía nacional y foránea.

En la Cooperativa Hidrotermal (ex minas Epecuén), que llegó en su esplendor a bañar entre

400 y 500 pacientes diarios, fue donde pude tomar contacto con floridos cuadros reumáticos y con discapacitados de todo tipo. Un común denominador de estos enfermos era la poderosa fe en estas aguas curativas.

Como médico comprendía el poder de la fe, pero me resistía a creer que sólo ella todo lo explicaba. Debía haber algo más, algo tangible que pudiera explicar alivios y curaciones. Fue así como me cautivó el tema de los mecanismos de acción de las aguas termales.

Como todo médico nuevo que se inicia, lo que me sobraba era tiempo, el suficiente para la observación clínica y para la lectura de cuanto llegara a mis manos referido a termas.

Pero el infausto día llegó. Como a cualquier vecino de Epecuén, la inundación me dijo basta. Así comenzó un doloroso éxodo.

Intenté probar suerte en Bolívar, mi ciudad natal, donde realizaba guardias con posibilidad cierta de radicarme definitivamente; pero no lograba adaptarme, un desasosiego me dominaba. No encontrando respuestas a mi estado, al término de 3 meses **descubrí** la verdad: había sucumbido al embrujo del "Lago Epecuén". Me di cuenta de que mi lugar en el mundo era Carhué, acollarado al fascinante Lago.